

## **Caminando juntos**

### *Aguas mansas*

Llega el día más importante de la peregrinación. Después de tanto caminar, caminar y caminar, comenzamos a sentir que nuestro viaje se acaba. Después de tantos kilómetros de buenos momentos, profundas conversaciones y emociones vividas, sabemos que esto acaba pero que su recuerdo permanecerá para nosotros por los tiempos de los tiempos.

Suena a tópico, pero siempre he querido hacer el Camino de Santiago con mi padre. Cuando hace algún tiempo estuve peregrinando solo, pensé que sería para los dos una experiencia bonita poder caminar juntos por estas tierras. Además, durante el Camino que hice solo, conocí a varias familias que caminaban juntas hacia Santiago. Madre e hija, padre e hijo, padre e hija, padre e hijas, abuelos y nietos, tía y sobrina. Cualquier combinación familiar estaba destinada a la épica y a la adquisición de unos lazos tan profundos que daban envidia cuando estas familias te contaban sus peripecias y, como es normal, me animé mucho.

Desde que se lo comenté a mi padre y vi la cara que me puso, supe que este sería un viaje para recordar. Estaba cercano a su jubilación y los últimos años de trabajo se le estaban haciendo un poco cuesta arriba. Demasiadas horas de pie para sus maltrechas piernas, pero conseguí ver en su cara una expresión de alegría e ignorancia al mismo tiempo que me emocionó. Pensé que al decírselo me mandarían al carajo o me soltaría alguna de sus contestaciones cortantes que tanto temía, pero esta vez me sorprendió.

En los días siguientes quedamos varias veces para ver las cosas que nos teníamos que llevar, las que ya teníamos nosotros y las que teníamos que comprar. También se preocupó mucho por la logística a la hora de donde comenzar el viaje y cómo teníamos que llegar hasta allí. Estaba demasiado preocupado por los tiempos, lugares y requisitos que debíamos cumplir. Desde el primer momento quiso controlar todos los albergues en los que estaríamos, posibilidad de reservas, combinaciones de transporte, etc. Incluso comenzó a preocuparse por la forma en que teníamos que volver tras llegar a Santiago. Le dije que no hacía falta que

planeara tanto, que se dejara llevar un poco, que podíamos llegar a la ciudad de donde saliéramos de varias formas y luego ya desde allí, ver día a día como iba aconteciendo todo. Que el Camino era más Camino si se iba un poco a la aventura.

Y es que mi padre siempre ha sido así, muy meticuloso e impaciente con todo al principio y a la vez tan poco constante. Lo que en mi casa siempre hemos dicho “tener arrancá de burro y pará de somera”. Pero esta vez, varios días después de nuestra última conversación sobre el Camino, me llamó al móvil y me preguntó que cómo iba la cosa, si tenía ya todo comprado y si tenía los billetes del autobús para llegar a Pamplona, porque era ahí donde quedamos en salir, ¿verdad? De primeras me quedé un poco flasheado casi sin saber qué decirle, sorprendido por su “todavía” interés en el Camino. Así que tuve que improvisar diciendo que todo estaba visto ya y que estaban claras las fechas y todo lo que le preocupaba. Cuando colgué el teléfono, resoplé y me di cuenta de que la cosa iba en serio y sentí una gran sensación de sorpresa y de responsabilidad al mismo tiempo por hacer que todo aquello saliera bien.

El día que salimos desde mi pueblo en el autobús me lo vi aparecer en plan tipo aventurero que no sabía dónde meterme. Le dije que el Camino empezaba al día siguiente y que no era necesario que se disfrazara de *quechuo* todavía. En vez de ofenderse, me dijo que él iba como le daba la gana y que quería empezar a meterse en el papel de peregrino desde el primer día, que se lo iba a trabajar desde el principio. Ya en el autobús, de madrugada, intentando dormir, le veía roncar y me sentí un poco mal por haberle dicho lo que le había dicho en la estación. Al fin y al cabo, ¿Quién era yo para decirle como tenía o no tenía que ir vestido? ¿Tengo suficiente moralidad para decirle a mi padre como tiene que comportarse o vestirse? Sinceramente creo que no.

Los primeros días de caminata siguieron con la misma tesitura y empuje que había comenzado el viaje hacia Pamplona. Todas las mañanas me esperaba fuera de los albergues con su gorro puesto, sus calcetines hasta casi las rodillas y con los dedos de sus pies embadurnados en vaselina para evitar las posibles ampollas y rozaduras. Me daba prisa y me echaba una pequeña reprimenda por haber tardado un poco en prepararme. Eran las 6:30 de la mañana.

Durante el resto del día y del trayecto se iba tranquilizando un poco. Había tiempo para todo; conversaciones con peregrinos, visitas turísticas a monumentos, momentos de descanso y de reponer fuerzas y, también, cosa que me alegraba, dejaba que las largas caminatas juntos se vieran salpicadas de conversaciones entre nosotros dos y sobre nosotros dos. Se notaba que en ese momento todo lo demás le sobraba. Ayudado de largos caminos entre campos de cultivo me contaba cosas de su niñez y juventud que nunca me había contado antes. Me alegraba que todo este escenario le ayudara a soltarse y me ayudara a mí a comprender de dónde venía realmente mi padre, de cómo el tiempo y las circunstancias le habían moldeado desde muy pequeño. Me sentía privilegiado de saber esas cosas sobre él y también me servían mucho para saber cosas sobre mí, porque estaba claro que esos hechos conducían y desencadenaban hechos futuros. Por la tarde, a la llegada al albergue todo adquiría ya un tinte un poco más liviano y mundano, cosa que también yo agradecía. Y creo que él también.

Los días iban pasando y cada vez iba adquiriendo otra idea de él y de nuestra relación que no había sido fácil durante varias etapas de nuestras vidas. Quizá nunca llegaré a comprender algunos comportamientos de él con nosotros y con mi madre, pero vi en él una especie de actitud de pedir perdón sin decirlo tácitamente. A veces creemos que una persona no nos da su cariño y amor porque no quiere hacerlo o porque el orgullo y su ego no le dejan hacerlo. Y día a día, con las conversaciones que estábamos teniendo, pude llegar a descubrir que a veces el amor no se da, simplemente, porque no se sabe dar. Es triste descubrir este extremo, pero saberlo también te deja una sensación de alivio al pensar que nunca te han hecho daño por puro placer, si no por puro desconocimiento de no saber hacerlo mejor.

Es curioso como lo que yo pensé que iban a ser unos días donde yo fuera el “padre” a la hora de guiarle a él por el Camino, un viaje en el que yo iba a ejercer de cicerone para él, se estaba convirtiendo en un combate empatado a los puntos. Yo le guiaba por los pueblos y él a mí por los sentimientos, yo le recomendaba albergues y él me recomendaba cosas a hacer en mi futuro ahora que había acabado mis estudios, yo le enseñaba las curiosidades e hitos del Camino y él me

contaba por qué aquel día hizo aquello o por qué aquella noche se fue para no volver en unos días. Me gustaba el pacto entre semejantes, en ningún momento pactado, al que habíamos llegado caminando juntos estos días. Yo diría que fue un pacto entre caballeros en el que cada uno daba lo mejor de sí mismo al otro sin esperar nada a cambio, aunque el contrario se esforzaba por mejorar lo recibido.

Como si de unas vacaciones se trataran, los días fueron pasando y fuimos descubriendo y sintiendo cosas nunca jamás pensadas ni disfrutadas por mí. El Camino llegaba a su fin y milagrosamente, sus pies aguantaron toda la caminata que llevábamos desde la capital navarra. En este sentido, creo que gracias a mí y a mi experiencia pasada caminando, pude contenerle un poco en sus objetivos diarios e inexperiencia en caminar cargado con una gran mochila. Aquí al menos puedo decir que él aprendió alguna cosa mía que le fue útil. Llegamos a Pedrouzo y después de una frugal cena nos despedimos para reencontrarnos ya al día siguiente, el día en el que obtendríamos nuestra gran recompensa.

La noche ha sido un poco dura, me ha costado bastante dormir. Después de tomar un café en la cocina del albergue salgo fuera y el ambiente frío de la mañana golpea mi cara, cosa que agradezco. Me siento en el bordillo de la calle. Quien me vea, pensará que estoy esperando a alguien. Yo pienso mirando al infinito en que podría estar esperándole a él. En que podríamos caminar juntos hasta la Catedral de Santiago y culminar algo muy bonito, un viaje muy reconfortante. No tardo mucho en levantarme y comienzo la última etapa hacia Santiago. Solo.

El día en que quedamos para comenzar los preparativos del viaje, llegó a casa una hora tarde y borracho como una cuba. Pronto pude ver en sus ojos que lo hablado unos días antes en una comida familiar, no iba a llegar a ningún lado. Pronto pude comprobar con resentimiento que todo iba a ser como siempre, por desgracia. A pesar de echarle en cara el retraso y el estado en el que vino, me habló mal y me dijo que yo no era nadie para decirle lo que tenía que hacer. Me dijo que me fuera yo y el Camino por ahí. Así que triste y pensativo, me volví a mi casa con el alma en los pies. Esperé unos días por si la cosa cambiaba, pero también pensé que era mejor así, que no era bueno forzar las cosas.

Hoy, ya en la plaza del Obradoiro, solo y sentado ante las torres de la Catedral, solo me ronda en la cabeza una y otra vez una frase: ¿Por qué? ¿Por qué esa actitud? ¿Por qué esa manera de hacerse daño y de hacernos sufrir? Son preguntas que no tienen respuestas para mí. Simplemente estarán para siempre en mi pensamiento y no creo que sean respondidas nunca. Hago una foto de la Catedral y se la mando junto un mensaje en el que le digo: Conseguido!! Quiero pensar que con su emoticono del pulgar hacia arriba se alegra por mí y que le hubiera gustado estar junto a su hijo en este momento.